
INTRODUCCIÓN DEL COORDINADOR

Gerald Martin

Con este tomo se presenta la edición crítica de una de las novelas más difíciles y menos estudiadas, en términos relativos, de América Latina. En este sentido se podría decir que es una de las ediciones críticas más «necesarias» de la colección «Archivos». Desde que se publicó en 1949, a medio siglo, *Hombres de maíz* ha confundido e irritado a muchos lectores, si bien una minoría terca ha visto en él un texto vertebral de la cultura latinoamericana del siglo XX e incluso una gran obra maestra de la época moderna.

Miguel Ángel Asturias nació en 1899 en Guatemala, la más «india» de todas las repúblicas latinoamericanas. Estaba llamado a formar parte de aquella generación latinoamericana –Vallejo, Mário de Andrade, Borges, Neruda, Carpentier y Paz en literatura; Torres García, Pettoruti, Portinari, Rivera, Orozco, Siqueiros y Tamayo en pintura; Villa-Lobos y Chávez en música– que a la vez presenció y participó en la modernización cultural de América Latina en el período de entreguerras. Junto con el brasileño Mário de Andrade (*Macunaíma*, 1928), el cubano Alejo Carpentier (*Ecue Yamba O*, 1934) y el argentino Jorge Luis Borges, creador de las famosas *ficciones*, Asturias se hizo uno de los grandes renovadores de la narrativa latinoamericana entre los años veinte y cuarenta, preparándoles el terreno a la generación posterior de «mágicorrealistas» de los 50 y 60, como Juan Rulfo, João Guimarães Rosa y Gabriel García Márquez.

Después de haber pasado toda la infancia y toda la adolescencia bajo el régimen sombrío del dictador Estrada Cabrera (en el poder entre 1898-1920 y protagonista, más tarde, de su novela *El señor Presidente*), Asturias estudió derecho en la Universidad de Guatemala y en 1923 preparó la primera tesis jamás publicada en Guatemala sobre el llamado «problema social del indio». Pasó el período 1924-1933 en París como estudiante, corresponsal periodístico y escritor, descubriendo y explorando el Viejo Mundo, experimentando a la vez con el surrealismo y el socialismo, y estudiando etnología en la Sorbona, donde participó en la traducción al español del *Popol Vuh* o «Biblia maya».

Su primera obra importante, *Leyendas de Guatemala*, una colección de relatos «primitivistas», deslumbrantes, apareció en París en 1930, con prólogo entusiasmado –si bien eurocéntrico– de Paul Valéry. Cuando volvió a Guatemala en 1933, Asturias ya tenía terminada la que sería su novela más conocida, *El señor Presidente*, la primera de las grandes novelas del continente sobre el tema de la dictadura. No podría publicarla hasta 1946 debido, irónicamente, al estado de represión impuesta por otro tirano, Jorge Ubico (1931-1944). Dados sus antecedentes vanguardistas y vagamente socialistas y su experiencia de liberación cultural y psíquica en París, la renovada claustrofobia guatemalteca le resultó intolerable, y se dio a la bohemia, al alcohol y a la desesperación. Su primer matrimonio en 1938 con la joven viuda Clemencia Amado sirvió solamente para empeorar las cosas y en el momento en que se lanzó la Revolución Guatemalteca de 1944, una vida antes tan llena de promesas parecía estar arruinada.

En 1945, sin embargo, el nuevo presidente Juan José Arévalo, cuya amistad con Asturias databa del período parisino, lo nombró agregado cultural, primero en México (1946), donde publicó *El señor Presidente*, y después en Buenos Aires (1948). En la gran capital rioplatense Asturias conoció a la que sería su segunda esposa, Blanca Mora y Araujo, quien le ayudó a retomar el hilo de su anterior trayectoria. *El señor Presidente* se volvió a publicar, ahora con difusión continental, y la fama de Asturias creció de la noche a la mañana. En 1949 apareció la misteriosa novela *Hombres de maíz*, en cuya acogida crítica se combinaron la admiración y la perplejidad en porciones iguales.

Es una novela que inserta la experiencia propia dentro de la historia de su país y de su continente, junto con una meditación sobre el lugar de América Latina dentro de la historia mundial –un texto que se nos aparece especialmente significativo en 1992. Representa también una reflexión sobre el desarrollo de la humanidad desde la sociedad «primitiva», analfabeta, hacia nuestro actual mundo liberal y capitalista. Quizás no sea del todo sorprendente que semejante concepción haya dado lugar a una estructura cuya asimilación ha sido lenta y difícil.

Es más: *Hombres de maíz* ofrece una interpretación de la historia de los pueblos indígenas americanos utilizando todos los recursos elaborados por la literatura contemporánea hasta el momento en que se publicó. Esto no obstante, Asturias fue por encima de todo, y por sorprendente que pueda parecer, un escritor «clásico», quien, a pesar de conocer a fondo la literatura moderna y la historia de su país, recurrió siempre en busca de inspiraciones a dos tradiciones fundamentales: la de los mayas precolombinos y la de los españoles del Siglo de Oro. No conoció ninguna de las lenguas indígenas de su país, pero colaboró en la traducción al español de las dos obras mayas más importantes de Guatemala, el *Popol Vuh* (maya-quiché) y los *Anales de los xahil* (cakchiquel). También conocía los escritos de los cronistas de la conquista y, aunque nunca

hizo gala de su erudición, leía extensamente en los campos de la alquimia, la brujería y la medicina primitiva, y estudiaba a fondo el folclore católico europeo y americano. Reconoció desde el comienzo que ni la filosofía ni la ciencia pueden comprenderse sin una conciencia de sus orígenes y su historia.

El resultado es un tejido literario tan denso y complejo, a pesar de su aparente primitivismo, que la mayoría de los críticos se han limitado a comunicar la «impresión» que les dejó su prosa. El problema es especialmente grave en el caso de *Hombres de maíz*, la más ambiciosa de todas sus obras. Representa, dijimos, nada menos que la historia de la humanidad condensada dentro de la historia reciente de Guatemala. Sus planos de referencia son los de la magia primitiva, el psicoanálisis y el materialismo dialéctico; sus modos narrativos, los de la poesía primitiva, la escritura barroca y picaresca y la literatura de la primera mitad del siglo XX; y sus tradiciones, las de la América prehispánica, la España del Siglo de Oro y –no es más que una denominación simbólica– París 1920. Llamar «indigenista», «regionalista», «barroca», o «mágicorealista» –o incluso «dialógica», «polifónica» o «transculturadora»– a semejante obra literaria, puede parecer de limitada utilidad crítica. Además, lejos de ser el maestro apasionado de la pirotecnia tropical, Asturias es el autor de una de las obras más «estructuradas» jamás escritas por un latinoamericano. Ha creado una literatura moderna sobre la cultura primitiva dentro de una concepción profundamente política de la escritura, universalizando a la vez las técnicas estrechamente «surrealistas». Ha comprendido mejor que cualquier otro escritor latinoamericano las diversas formas y funciones del mito en sus dimensiones locales y universales, familiarizándose con la mentalidad primitiva, con la de los mayas antiguos y la de los campesinos contemporáneos de su país. Y ha creado en *Hombres de maíz* una novela tan densa, tan vasta y tan visionaria que solamente en los últimos años hemos empezado a vislumbrar, nosotros los críticos, lo que él hizo, enteramente solo, en la década de los años cuarenta, cuando logró extender los alcances del género novelístico en América hacia los extremos de la poesía y de la historia.

Asturias fue uno de los primeros en aclarar con su obra la distinción entre la literatura latinoamericana europeizante en sus formas y contenidos, y una nueva literatura latinoamericana de intencionalidad tercermundista. La tarea de quien estudia un libro de Asturias no es la de reducir el texto a una coherencia unidimensional, sino identificar las contradicciones que le confieren su dinamismo y productividad internos. Pues hay en él, como en otros escritores latinoamericanos progresistas, una contradicción muy importante entre el espíritu nacionalista y el espíritu socialista, la cual se materializa en cierta dualidad cuya comprensión es fundamental para la interpretación de su obra. Para Asturias los «mayas» fueron quienes dieron a Guatemala su especificidad, y los utiliza tácitamente, como un signo «nacionalista». En cambio, los indígenas, «tribales» o «telúricos», son quienes universalizan Guatemala –todos fuimos indígenas en el

pasado-, oponiéndola al capitalismo y al imperialismo, y constituyen un símbolo «socialista» hacia el cual caminan, dialécticamente, los indígenas proletarizados del presente. El antagonismo entre estas dos grandes temáticas se resuelve en el americanismo y el antiimperialismo del escritor. Lejos, pues, de reconstituir una elegía, *Hombres de maíz* representa una revisión del pasado y una toma de conciencia cuya verdadera grandeza sólo será medida por el futuro. No es, desde luego, la única manera de escribir una novela latinoamericana, pero nos parece obvio que a ella pertenece uno de los lugares privilegiados de la novelística del continente. Asturias nunca sentía el complejo de inferioridad casi instintivo en el escritor latinoamericano frente a Europa. Él no solamente reclamaba la libertad en su mensaje político, sino que la encarnaba en su originalidad y productividad literarias.

Pero, ¿cómo hay que leer *Hombres de maíz*? En nuestra primera versión de la edición crítica de la novela (Klincksieck, París, y Fondo de Cultura Económica, México, 1981), nosotros nos preguntamos si era posible realmente que no hubiera nada detrás de tantas palabras, que tanto sonido y furia nada significasen, que tantas imágenes deslumbrantes brillaran sólo para engañar. ¿Por qué había dicho tantas veces Asturias que éste era su libro favorito? Y si, a pesar de los supuestos defectos estructurales señalados por los críticos, la novela contenía tantas páginas «antológicas», ¿por qué la crítica nunca nos había explicado ni una sola de ellas? Muy pronto se nos hizo evidente que la tarea de explicarla no puede efectuarse por medio de estudios parciales y fragmentarios, y que, por sorprendente que pueda parecer en el caso de Asturias, fue el desconocimiento de sus *contextos* y *contenidos* lo que había imposibilitado el estudio de sus logros más específicamente «literarios». *Hombres de maíz* es un texto difícil, desde cualquier ángulo de vista, pero siempre habíamos pensado que la raíz de su ilegibilidad para la crítica internacional era en gran medida ideológica y no hermenéutica. En este sentido repite el fenómeno Joyce y *Ulises*. La tarea que nos propusimos, entonces, fue la de asentar los cimientos de una lectura totalizante de esta novela. Nuestro *Estudio general* y nuestras *Notas y variantes* pretendían *contextualizar* la novela, demostrando sus relaciones con las coyunturas socioeconómicas que le tocaron a Asturias vivir y con los grandes temas del siglo XX; y también pretendían *intertextualizar* el libro, indicando sus vínculos con los textos prehispánicos, con la literatura del Siglo de Oro, y con otras obras del mismo autor.

Nuestra edición era muy larga, en realidad, pero aun así menos extensa que los estudios críticos de las obras de Joyce o de los clásicos griegos o romanos. Aun en aquella época, que ya nos parece un poco lejana, anticipamos la que sería consigna de esta nueva colección: «tratar las fuentes fundamentales de la especificidad latinoamericana con el rigor reservado hasta ahora a los clásicos europeos» y buscar la desfolclorización de textos y temas latinoamericanos.

Pensamos que dicho *Estudio general* conserva todavía su vigencia, aunque los propósitos de esta nueva edición difieren un poco de aquélla, como se explicará después. En esta novela casi geológica, muchos estratos significativos no se perciben sin una larga investigación del subsuelo histórico y literario; y en vista de que se trata en muchos casos de fuentes poco conocidas o difíciles de consultar, sentimos que una mera referencia a la página correspondiente de cierta edición agotada o poco difundida no habría dado la convicción material que nosotros íbamos persiguiendo, obsesionados como estábamos por la idea de refutar el concepto prevaleciente entre la crítica de que Asturias no sabía lo que decía, leyenda que él, por otra parte, siempre tan modesto como crítico de su propia obra, nunca hizo nada por contrarrestar. Pretendíamos, pues, hacer visible o legible todo lo que la novela *sabe* y no *dice*, para demostrar que lo que dice este texto mágico es que sabe mucho más de lo que dice, única manera de decirlo todo.

Ese *Estudio general* y esas *Notas* tenían, como comentó Mario Vargas Llosa en su prólogo, el doble de páginas que la novela, y algunos lectores habrán pensado seguramente que amenazaba con asfixiar el texto de Asturias. (Esto no lo dijo, naturalmente, Vargas Llosa, el famoso perseguidor de la novela *–La guerra del fin del mundo–* y de la crítica *–Historia de un deicidio–* totalizantes.) La verdad es que en vez de establecer una lectura a base de lo que se podía decir con absoluta certeza, para sacar conclusiones tan ilusorias como parciales, preferimos, en vista del casi absoluto vacío crítico con que nos enfrentábamos, dialogar abiertamente con el texto y exponernos a todos sus peligros para que el lector nos pudiera seguir incluso en nuestras perplejidades.

Con toda su extensión, nuestro *Estudio general* era y tenía que ser provisional. Ningún crítico «literario» domina todos los órdenes del saber académico invocados por esa edición; pero era obvio que esta novela exigía una síntesis unitaria y panorámica a la vez, y nosotros ofrecíamos un modelo provisorio de un método un poco ecléctico adaptado a un texto que había resistido los mejores esfuerzos de la crítica más convencional. La presente edición, fruto del trabajo en equipo, colectivo, viene ahora a consolidar ese esfuerzo individual e incluso individualista.

Cuando *Hombres de maíz* se publicó en 1981, fue el tomo 4 de la Edición Crítica de las Obras Completas de Miguel Angel Asturias y, de hecho, el último tomo publicado. Quizás será útil referirnos a dos tomos anteriores, y a un tercero que aún no había salido. Son *Tres de cuatro soles* (1977), *El señor Presidente* (1978) y *París 1924-1933. Periodismo y creación literaria*, que reúne los 440 artículos de Asturias escritos en París en los años veinte y treinta y publicados en Guatemala. Dichos artículos fueron recopilados por nosotros y por Claude Couffon y editados por Amos Segala en un volumen que se publicó finalmente –¡yo había recopilado la mayoría de esos artículos en Guatemala en 1969!– en 1988, como el primer tomo de la Colección Archivos.

Tres de cuatro soles, novela originalísima de Asturias que se estrenó en la Colección de las Obras Completas, tenía un estudio preliminar preparado por Dorita Nouhauud que sigue pareciéndonos no solamente el mejor ejemplo de la aplicación de la *Nouvelle critique* a un texto latinoamericano sino también una brillante demostración del absurdo de aquella perspectiva crítica post-1967 (cuando Asturias recibió el Premio Nobel y García Márquez publicó *Cien años de soledad*) que declaraba y repetía *ad nauseam* la «caducidad» de la escritura asturiana frente a la «Nueva Novela».

Con referencia a *El señor Presidente*, su novela más famosa, que se publicó por primera vez en México en 1946, Asturias insistía siempre en que había dado comienzo al texto antes de salir para Europa en 1923; que lo había escrito y vuelto a escribir nueve veces; y que lo tenía terminado en forma casi definitiva de volver a Guatemala en 1933. La crítica literaria, sin embargo, no daba crédito a esas afirmaciones y basaba sus teorías en la perspectiva genética de un texto preparado sustancialmente en la Guatemala del dictador Ubico entre 1933 y 1944. La edición crítica coordinada por el profesor Ricardo Navas Ruiz, basada no solamente en la versión de Losada de 1952 sino en un manuscrito de 1933, demostró que la verdad era muy diferente y cambió completamente nuestra visión de la cronología y la trayectoria asturianas. Era inevitable que también modificara hasta cierto punto nuestra concepción de la historia literaria hispanoamericana, pues demostró asimismo que en cuanto a su composición esa novela era contemporánea de *Doña Bárbara* y pudo haber salido en el mismo año que *Huaspungo*. Es decir, que no solamente había asimilado las lecciones del vanguardismo parisino sino que era un texto real y concretamente vanguardista, que pertenecía a los años veinte y que era contemporáneo de las *Leyendas de Guatemala* del mismo Asturias, texto que sí salió en 1930 y que relaciona a Asturias, como ya dijimos, con el Mário de Andrade que escribió *Macunaíma* (1928)¹ y el Alejo Carpentier de *Ecue-Yamba-O* (1933).

Todo esto comprueba, y seguramente habrá otras ilustraciones hasta ahora desconocidas, que a pesar de la inevitable precedencia cronológica de la poesía en el desarrollo de la literatura latinoamericana, el momento –digamos– joyceano de esa literatura comienza, no después de la Segunda Guerra Mundial, ni menos con el famoso *boom* de los sesenta, sino en los mismos años veinte en que Joyce escribió sus obras en Suiza y en París. (Es un tema central de nuestro *Journeys Through the Labyrinth: Latin American Fiction in the Twentieth Century*, 1989).

La edición crítica de *El señor Presidente* podría haber sido más interesante todavía si hubiera tenido la ventaja de un conocimiento íntimo de esos 440 artículos que Asturias escribió desde París entre 1924 y 1933, en el mismo

¹ También en la Colección Archivos, vol. 6.

momento en que preparaba la novela. Hay una infinidad de puntos de contacto temáticos y estilísticos entre la novela y aquellos trabajos periodísticos y se podría haber derivado una serie de lecciones no solamente en lo que a «influencias» se refiere sino en cuanto a la diferencia entre la naturaleza del trabajo periodístico y el trabajo propiamente literario.

Hombres de maíz es un fenómeno diferente pero también interesante desde el ángulo genético, por dos razones. Primero, porque en este caso también sucedió que se trata de un texto cuya génesis se remonta a los años veinte, aunque sin que el escritor se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo; y segundo, porque toda la crítica literaria, incluidos en ella maestros de la estatura de un Anderson Imbert, un Rodríguez Monegal o un Rama, concluía que era una obra desarticulada e incoherente y que Asturias la había trabajado casi sin fuentes generadoras, es decir, que era un texto producido por la imaginación, por la magia creadora del escritor, un texto cuyo brillo era superficial e inauténtico. Esto es doblemente, amargamente irónico, dado que todo el mensaje de la novela insistía, como insistía el mismo Asturias extraliterario, en que nadie crea en el vacío, sino a partir de una cultura pre-existente. Pero en vista del hecho de que Asturias, con Carpentier, dio origen al concepto del «realismo mágico», es fácil medir las consecuencias de nuestra edición crítica de 1981 que, con todas sus limitaciones, demostró que, muy al contrario, todo el texto, toda esa «escritura salvaje» estaba basada en lecturas, a veces muy concretas, a veces efectivamente citadas, de las fuentes históricas y literarias de Mesoamérica. (Ver el prólogo de Mario Vargas Llosa.)

La presente edición es diferente a la anterior. El que escribe ha coordinado la edición (establecimiento del texto con sus variantes, preparación de apéndices, glosario y bibliografía) y también ha escrito las secciones sobre la génesis de la novela y su recepción; pero también ha participado un equipo de estudiosos distinguidos.

Ariel Dorfman, conocido novelista, dramaturgo y crítico chileno, fue el primero en dar un análisis estructural de esta novela allá por el *annus mirabilis* de 1967-68. Su «*Hombres de maíz*: el mito como tiempo y palabra» se ha convertido con los años en un ensayo clásico sobre esta novela y forma parte indispensable de nuestra sección de *Lecturas*. Por esta razón nos pareció enteramente apropiado invitarlo a Ariel Dorfman a escribir un *Liminar* para la versión inglesa de esta edición, y aquí se publica en español como postdata a su ensayo de 1967.

Martin Lienhard, catedrático de la Universidad de Zurich, Suiza, conocido por sus estudios sobre transculturación y oralidad en la narrativa hispanoamericana, nos da un contexto histórico-literario en que se puede situar la novela de Asturias, con su artículo titulado «Antes y después de *Hombres de maíz*: la literatura ladina y el mundo indígena en el área maya».

Arturo Arias, joven novelista guatemalteco y profesor en la San Francisco State University de California, ha escrito un estudio sobre «Algunos aspectos

de ideología y lenguaje en *Hombres de maíz*» desde un ángulo político y socio-crítico.

Gordon Brotherston, catedrático en la Universidad de Indiana, Estados Unidos, conocido especialista en literaturas indígenas del continente, nos mandó un ensayo titulado «Gaspar Ilóm en su tierra».

Dorita Nouhaud, de la Universidad de Limoges, Francia, con «Madre, tú me inventaste: vigencia del mito de la diosa madre en *Hombres de maíz*», presenta una visión fresca e iluminadora de Asturias desde la perspectiva de la *Nouvelle critique*.

René Prieto, de la Southern Methodist University de Dallas, Texas, en su ensayo, «Tamizar tiempos antiguos: la originalidad estructural de *Hombres de maíz*», analiza la novela desde una perspectiva que incorpora la simbología maya (elementos, animales, números, colores) dentro de su lectura de la novedad estructural de la novela.

Dante Liano, de la Universidad de Brescia y Milán, Italia, especialista de literatura centroamericana, estudia el contexto social, cultural y político del cual surge la novela, sobre todo en su vertiente indígena, haciendo palpable la modernidad y las anticipaciones del indigenismo asturiano.

En momentos en que se finalizaba la preparación de este volumen, salió en México *Miguel Ángel Asturias, casi novela*, homenaje retrospectivo, a la vez crítico y cariñoso, de su gran compatriota, el poeta y ensayista Luis Cardoza y Aragón. Cardoza, a los 87 años, ha tejido, como bien dice la cubierta de su libro, «un paño riquísimo de reflexiones y recuerdos» sobre Asturias, a quien llama «héroe de la historia de nuestra imaginación». Para Cardoza y Aragón *Hombres de maíz* es la obra cumbre de Asturias. Nadie mejor, entonces, para contribuir el pórtico a nuestra edición crítica de la gran novela del «mestizo homérico» que fue Asturias.

Tenemos la impresión de que con este equipo, y con esta nueva edición crítica de *Hombres de maíz*, va a empezar el «retorno» de Miguel Ángel Asturias (recordamos lo que dijo Manuel José Arce en *París 1924-1933* de aquel Asturias que volvió a trabajar en *Hombres de maíz* después de la Revolución de 1944: «Es obvio: Miguel Ángel no estaba terminado. Su eclipse había sido un fenómeno pasajero...»). Esta novela anticipaba nuestras actuales angustias ecológicas (el «verde» era, sin lugar a dudas, el color favorito de Asturias escritor), y la gran ola histórica del feminismo. *Hombres de maíz* se cita varias veces en *Me llamo Rigoberta Menchú*, célebre narración testimonial en que una mujer indígena de Guatemala explica cómo le «nació la conciencia».² Y en 1991 un equipo italiano estaba filmando una versión cinematográfica de la novela en Guatemala.

² En diciembre de 1992, Rigoberta Menchú llegó a ser el segundo Premio Nobel guatemalteco, al otorgársele el Premio de la Paz.

El libro también prefigura las luchas guerrilleras en el país, pues, como dicen varios personajes de la novela, «sigue la guerra» en Guatemala: la tierra del maíz sigue siendo un campo de batalla y sus hijos originales siguen siendo expropiados. Y los habitantes de los lugares mencionados en *Hombres de maíz* han sufrido como el resto del país. El poeta Mario Payeras (quien dedicó dos sonetos a Asturias después de su muerte) describió, en *Los días de la selva*, sus propias experiencias en la comunidad de Ilóm en los años setenta con el Ejército Guerrillero del Pueblo; y San Miguel Acatán fue devastado en 1981 y 1982 por los soldados del ejército nacional.

En 1900, como sabemos, un cacique indígena llamado Gaspar Hijom [Ilóm] se rebeló y fue asesinado en las montañas de Guatemala, para resucitar en una novela terminada en 1949 por quien, en el momento de aquella muerte, había sido un pequeño niño ladino en la ciudad capital. En los años ochenta, entre las filas de la Organización del Pueblo en Armas, apareció un nuevo líder guerrillero, cuyo nombre era el comandante Gaspar Ilóm. Resultó ser Rodrigo Asturias, hijo mayor de Miguel Ángel y nieto espiritual del cacique indígena. El caso ilustra una frase de Juan Gustavo Cobo Borda: «la forma inagotable como la literatura se reescribe a sí misma, y al mundo del cual nace, y al cual vuelve, enriqueciéndolo»; o, como dice un personaje de la novela, con un mensaje preconcebido quizás para 1992: «su existencia, ficticia o real, forma parte de la vida, de la naturaleza de estos lugares, y la vida no puede perderse, es un riesgo eterno, pero eternamente no se pierde».